exterior como la que había recibido Moisés; era una manifestacion interior.

Simpatizaba el jóven Espinosa con la vida y doctrina del Crucificado, y por lo mismo que procedía de un centro hostil al cristianismo se consagró á estudiar imparcialmente esta doctrina, á cuya historia y conquistas de siglos y pueblos era extraño por completo.

Aunque Baruch seguía sus estudios de la cábala, se convenció de que las pálidas luces que descubría entre tanto simbolismo eran verdaderos fuegos fátuos; así es que deseaba abandonarlo, y así lo hizo al presentársele la favorable ocasion de marchar su maestro Aboab con una colonia de israelitas al Brasil. A los pocos dias fué Baruch á casa de Nigritius; salió á su encuentro Gertrudis Ufensand, y le anunció que acababa de encontrar muerto al magister, al lado del cual ardía aún una lámpara, á cuya luz leía en sus últimas horas su libro favorito: *Cicero, De finibus bonorum et malorum.*

Así se vió Baruch privado á la vez de dos guías, y le parecía que esta pérdida era el castigo merecido al desden interior que había tenido por sus estimables lecciones. ¿Pero al hacer esto no había obedecido á su inclinacion natural?

¿No estaba destinado á ser como un primer hombre, libre de todo el peso del pasado y de la ciencia de los siglos para indagar la sabiduría en las profundidades de su propia vida y en el estudio de la naturaleza humana y sus leyes?